

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

NARRACIONES INTERNACIONALES DE LA GUERRA CIVIL. ESCRITORES E INTELLECTUALES CONTRA LAS DOS ESPAÑAS

International Narrations of The Civil War. Writers and Intellectuals Against the Two Spains

JOSÉ MARTÍNEZ RUBIO

Universidad de Valencia (España)

jose.martinez-rubio@uv.es

Recibido: 30 de marzo de 2021

Aceptado: 6 de mayo de 2021

<http://orcid.org/0000-0002-9927-4380>

<https://doi.org/10.7203/KAM.17.20714>

N. 17 (2021): 529-550. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: El relato dominante sobre la naturaleza de la Guerra Civil española ha sido configurado desde planteamientos que, en buena medida, han prescindido de las coordenadas históricas internacionales, promocionando una mirada mítica o esencialista, cristalizada en tópicos como el cainismo español o el enfrentamiento sempiterno de dos Españas antagónicas. Se trata, en mi opinión, de un relato que impide observar el conflicto en toda su magnitud. Este trabajo pretende explorar algunas narraciones periféricas de la contienda, especialmente elaboradas por escritores extranjeros, que abren la perspectiva a una interpretación internacional del conflicto y que cambian la explicación general de la Guerra Civil.

PALABRAS CLAVE: Literatura de la memoria, testimonios, Guerra Civil Española, Intelectuales.

ABSTRACT: The dominant story about the nature of the Spanish Civil War has been configured from approaches that, to a large extent, have dispensed with international historical coordinates, promoting a mythical or essentialist interpretation, crystallized in topics such as Spanish Cainism or the confrontation of two antagonistic Spains. It is, in my opinion, a story that prevents observing the conflict in all its magnitude. This work aims to explore some peripheral narratives of the conflict, especially elaborated by foreign writers, that open the perspective to an international interpretation of the conflict, in order to change the general explanation of the Civil War.

KEYWORDS: Literature of Memory, Testimonies, Spanish Civil War, Intellectuals.

RELATOS CONTRA EL FASCISMO

Querida Mika:

No estás, tu teléfono no contesta, y yo me voy a Saigón. ¿Qué hacer? Necesitaba tanto devolverte el manuscrito y decirte que su lectura me llenó de alegría —en el sentido en que nada es más triste que encontrar que la obra de un amigo es mala, y en cambio hay un gran júbilo cuando se puede decir que se ha leído un bello libro, como ocurre ahora. Bello, necesario y eficaz, porque testimonia de algo que va más allá de la guerra de España y que toca de lleno los problemas de nuestro tiempo, su incesante desgarramiento y su invencible esperanza. Todo esto te lo hubiera dicho mejor de viva voz, y te lo diré cuando nos veamos a mi vuelta. (Julio Cortázar, carta a Mika Etchebéhère)

En la Europa de los años treinta, inquieta y humillada, era difícil respirar. El fascismo avanzaba, y avanzaba impunemente. Cada estado, y también cada persona, soñaba salvarse individualmente, salvarse a cualquier precio, guardando silencio, pagando un rescate. [...] Pero hubo de pronto un pueblo que aceptó el reto. No se salvó a sí mismo ni salvó a Europa, pero sí para la gente de mi generación queda algún sentido a las palabras ‘dignidad humana’ es gracias a España. Se convirtió en aire, con ella respiramos. [...] Todos cuantos estuvimos en España y estuvimos con ella relacionados estamos también en relación. Por lo visto, no sólo las victorias enorgullecen al hombre. (Ilya Ehrenburg, *Memorias*, 1985: 185)

Las contingencias de la política española mantienen todavía vivo el infausto recuerdo de la Guerra Civil, la cruel dictadura franquista y esa operación extraña y controvertida, celebradamente exitosa pero en muchos de sus aspectos opaca, que llamamos Transición (Ros Ferrer, 2020). En la matriz explicativa de nuestra historia reciente el conflicto bélico acontecido entre 1936 y 1939 ha sido configurado desde planteamientos que, en buena medida, han prescindido de las coordenadas históricas globales, promocionando una mirada mítica o esencialista, cristalizada en tópicos como el cainismo español o el enfrentamiento sempiterno de dos Españas antagónicas. Este relato ha sido el dominante para referirse a la Guerra Civil, pero se trata, en mi opinión, de un relato que en lugar de explicar, instala un marco interpretativo demasiado estrecho, que impide

observar el conflicto en toda su magnitud. Este trabajo pretende explorar algunas narraciones periféricas de la contienda, especialmente elaboradas por escritores extranjeros, que abren la perspectiva a una interpretación internacional del conflicto y que cambian radicalmente, es decir, de raíz, la explicación general de la Guerra Civil.

En el campo literario, el interés por las narraciones sobre el conflicto bélico ha adquirido unas dimensiones extraordinarias desde los años 2000. Con respecto a la generación que narraba el pasado traumático en los años ochenta y noventa, los años 2000 han superado en buena medida la recreación mítica de la guerra que realizaron escritores como Juan Benet (*Herrumbrosas lanzas*, 1983-86), Julio Llamazares (*Luna de lobos*, 1985), Antonio Muñoz Molina (*Beatus Ille*, 1986; *El jinete polaco*, 1991), Josefina Aldecoa (*Historia de una maestra*, 1990), Rafael Chirbes (*La buena letra*, 1992), Manuel Rivas (“La lengua de las mariposas”, 1995) o Francisco Umbral (*Capital del dolor*, 1996). En estas novelas la guerra formaba parte de las historias oscuras del pasado familiar o de un pueblo prototípico (un lugar mítico como la Región de Benet o la Mágina de Muñoz Molina) que concertaba a todas las posiciones políticas en juego y cuyos actores servían de piezas explicativas de las fuerzas en tensión en el mundo rural o, en menor medida, en el mundo urbano (Martínez Rubio, 2021).

No obstante, a partir de los años 2000 se produjo un cambio en las narraciones sobre la guerra, en concreto en cuanto a las estrategias narrativas empleadas o a la aproximación a los documentos y materiales históricos: los escritores de comienzos de siglo XXI se han interesado más por el dato, el documento y la investigación (Martínez Rubio, 2015), proponiendo una labor de recuperación de la memoria basada en los hechos verídicos, no sin activar una serie de problemáticas sobre el acceso a la verdad (su posibilidad o imposibilidad de conocimiento), la condición misma de esa verdad (parcial, testimonial) o incluso su imbricación con las armas de la ficción (la imaginación, la fabulación).

La narrativa de la memoria a partir de los años 2000 ha sido prolífica en títulos, temas y personajes, ampliando un caudal de memoria que muchas veces ha sido cuestionado por abandonar una vocación de conocimiento del pasado, búsqueda de la verdad o de reparación de las víctimas, en favor de la emocionalidad, el espíritu aventurero, cuando no directamente la perversión histórica o la manipulación ideológica.

Otro de los cuestionamientos de la ola memorialística, sin embargo, se ha centrado en la mercantilización de un pasado que sigue fascinando, entreteniéndolo y estimulando discusiones a nivel social y político. Andrés Trapiello en su novela *Ayer no más* (2012) se mostraba iracundo contra el “negocio” de la memoria histórica por parte de las asociaciones civiles, al calor de las subvenciones que estaban destinadas a rescatar del pasado no solo los huesos sino también las historias de los represaliados del franquismo. Esta

tesis fue aplaudida y difundida desde cierta crítica¹. Pero el más combativo contra los efectos perversos de este *boom* fue Javier Cercas, que calificaba este movimiento de los años 2000 de la siguiente manera en su novela *El impostor* (2014):

¿Qué es la industria de la memoria? Un negocio. ¿Qué produce ese negocio? Un sucedáneo, un abaratamiento, una prostitución de la memoria; también una prostitución y un abaratamiento y un sucedáneo de la historia, porque, en tiempos de memoria, ésta ocupa en gran parte el lugar de la historia. O dicho de otro modo: la industria de la memoria es a la historia auténtica lo que la industria del entretenimiento al auténtico arte y, del mismo modo que el kitsch estético es el resultado de la industria del entretenimiento, el kitsch histórico es el resultado de la industria de la memoria. El kitsch histórico; vale decir: la mentira histórica. (Cercas, 2014: 305)

Tanto en sus artículos de prensa como en algunas de sus novelas, Javier Cercas se había mostrado contrario a la sustitución de la historia por la memoria, a la suplantación de los hechos por las opiniones políticas, a la promulgación de la Ley de Memoria Histórica (2007) que, en su opinión, estaba pensada más para atizar a la derecha que para “solucionar problemas del pasado” (Cercas, 2014: 306) y, en definitiva, a la producción masiva de artefactos sobre distintos aspectos del pasado traumático que caían en la “mentira” o el “kitsch”. Precisamente, algunas de esas acusaciones se le volvieron en contra al publicar *Anatomía de un instante* (2009), *El impostor* (2014) o *El monarca de las sombras* (2017) debido a su mirada en cierto modo complaciente sobre la Transición española (Martínez Rubio, 2017), su vindicación de la renuncia a los ideales políticos, la confusión de conceptos de “historia” y “memoria”, la generalización de ese aprovechamiento pecuniario a toda la cultura española, la despolitización y desideologización de etapas históricas altamente politizadas, la “salvación” moral de personajes falangistas en favor del entendimiento y la comprensión de la Historia... acusaciones todas ellas que se adornaban con calificativos como “manipulación” (Navarro, 31/12/2014), “vergüenza” (Faber, 21/03/2017) o “blanqueamiento del fascismo” (Espinosa Maestre, 15/03/2017).

Los problemas de la literatura memorialística desde los años 2000 han sido ampliamente debatidos en los círculos académicos. La sentimentalización de los conflictos, la despolitización y desideologización de las historias, la superposición de categorías éticas como el pacifismo y la no violencia a categorías históricas para observar el pasado, la relación que se establece entre Segunda República y dictadura franquista, la consideración

¹ Jordi Gracia (2012) dice con respecto a la novela de Trapiello: “El movimiento de la memoria histórica tiene razones dignas y otras indignas; es un deber democrático y civil y es, a veces y al mismo tiempo, un negocio de chantajes morales que a menudo sonrojan tanto como los del negociado contrario. [...] Esta no es una novela contra la memoria histórica sino contra la beatería interesada de la memoria histórica”.

general y descontextualizada de la violencia de los años treinta, la equidistancia entre dos “bandos” y el reforzamiento de la idea de un presente perfecto, o al menos el mejor de los presentes posibles:

Estas novelas no cuestionan el presente, no pretenden disparar contra los relojes, como diría Benjamin, y establecer una ruptura del continuum histórico; la relación con el pasado —y, en consecuencia, con el presente— se basa en una complicidad que, en absoluto, pretende congregarse a los muertos en nuestro tiempo vacío, porque no forma parte de su proyecto ideológico dinamitar o hacer pedazos el presente. (Becerra, 2015: 39)

En suma, no se trata de problemas distintos a los advertidos ya por Tzvetan Todorov en *Los abusos de la memoria* (1995), o del politólogo norteamericano de origen judío Norman Finkelstein, quien en su célebre ensayo *La industria del Holocausto* (2000) censuraba la americanización del Holocausto y su aprovechamiento por parte del Estado de Israel en su programa de ocupación territorial de Palestina, así como de las comunidades judías de los Estados Unidos para ganar influencia en la sociedad norteamericana.

Volviendo al caso español, una de las grandes trampas en las que caen gran parte de las novelas, narraciones, recreaciones, relatos o discursos sobre la guerra civil es la consideración del conflicto como un asunto interno español, de manera exclusiva, y no como el primer escenario en Europa del enfrentamiento mundial entre los grandes metarrelatos que han articulado la historia del siglo XX. La consideración de la guerra como un asunto nacional tiene implicaciones significativas: en primer lugar, la posición de no intervención o de “neutralidad” durante la guerra que mantuvieron las potencias europeas para ayudar a la República; en segundo, la no intervención de los aliados después de la Segunda Guerra Mundial para liberar al país del fascismo; la tercera y más duradera, la consolidación de un discurso sobre el conflicto que naturaliza la ‘anormalidad’ española y que permitió al franquismo construir un relato exculpatorio de los victimarios, generalizador del carácter de las víctimas y profundamente falaz con la Segunda República. Este es el discurso asumido en buena medida durante la Transición e instalado como relato oficial de la democracia. No obstante, otros marcos narrativos, como el proyectado por los cronistas, militares, escritores e intelectuales extranjeros, pueden ayudar a complejizar la mirada establecida en torno al conflicto bélico.

¿GUERRA CIVIL O GUERRA DE ESPAÑA?

El historiador David Jorge estudia en su ensayo *Inseguridad colectiva* (2016) el papel de la diplomacia española en los organismos internacionales durante la guerra civil. Como sabemos, al estallar el conflicto, las potencias europeas democráticas negaron su apoyo

militar a la legítima democracia de la República, y se fundó el Comité de no intervención, con el ingenuo deseo (aparentemente) de evitar un conflicto a escala global. Este Comité supuso la falta de ayuda militar, pero también la falta de apoyos diplomáticos que frenaran mediante sanciones y dictámenes los ataques del ejército de Franco. Este aislamiento del gobierno legítimo, sumado al apoyo militar de Hitler y Mussolini a Franco y de la Unión Soviética a la República, nos permite pensar que la respuesta internacional fue decisiva para el desenlace del conflicto y para la instauración de la dictadura militar que habría de durar cuarenta años.

La Sociedad de Naciones fue el organismo que se creó tras la Gran Guerra (1914-1918) para evitar que se repitiera una catástrofe de proporciones similares. Las campañas de desmilitarización recogidas en el Pacto de Versalles iban encaminadas hacia este objetivo, pero también la adopción del multilateralismo como vía de resolución de conflictos: en lugar de dirimir un conflicto de manera bilateral, entre dos naciones mediante el uso de la fuerza, la comunidad internacional, en base a un Derecho Internacional, se arrogaba prerrogativas y mecanismos de arbitraje para preservar el orden y la seguridad mundial. La dictadura de Primo de Rivera se jactó de no formar parte de la Sociedad de Naciones, pero los dirigentes de la Segunda República tuvieron como objetivo prioritario la inclusión de la República Española en el concierto internacional, su adaptación a las nuevas relaciones internacionales y a la adopción del multilateralismo como vía de resolución de conflictos; en definitiva, modernizar el país situándolo en un contexto global moderno y abandonando las ansias coloniales que buena parte del ejército mantenía en África o evocaba de manera nostálgica en América.

El golpe de Estado de parte del ejército español el 18 de julio de 1936 debe entenderse en correlación con otros acontecimientos en el continente. El fascismo italiano había tomado el poder en 1922 y marcaba las líneas maestras de un régimen extrapolable: economía autárquica, sublimación del pueblo, idea de pureza nacional, superioridad de raza, etcétera. El nazismo había ganado las elecciones en Alemania en 1933 y junto a la Italia de Mussolini demostraban al viejo continente que la implantación de un régimen fascista era el camino de las derechas reaccionarias europeas como forma de combate contra el comunismo proveniente de la Unión Soviética. En Francia, bajo la presidencia del conservador Albert Lebrun (1932-1940) se formó el Front Populaire (1936) como unión de los principales partidos de izquierda (comunistas, socialistas y radicales) para frenar en el propio país el avance de la derecha; el país galo vivía a mediados de los treinta un periodo de gran inestabilidad y de gran conflictividad social, lo que le mostraba incapaz para mantener un liderazgo fuerte en el plano internacional. El gobierno de León Blum adoptaría una posición falsamente neutra, en consonancia con el gobierno británico, pues se sabía incapaz de resistir ante una amenaza exterior; no en vano ante

la ocupación nazi de 1940, buena parte del país se organizará institucionalmente para colaborar con Hitler a través del régimen de Vichy. Por su parte, Estados Unidos venía practicando una política de aislamiento internacional, alejado de cualquier conflicto en el viejo continente. El Partido Demócrata con Roosevelt a la cabeza fundamentaba su poder en la recuperación económica del *crack* del 29, y figuras como Charles Lindbergh, en el ala republicana, veían con simpatía la política de Hitler. El aislamiento norteamericano solo se romperá el 7 de diciembre de 1941 (cuando la II Guerra Mundial había estallado dos años atrás) tras el ataque japonés a la base militar de Pearl Harbour y la entrada en la guerra del país americano².

Ante una Francia inestable, unos Estados Unidos practicando una política aislacionista, y una Italia y una Alemania conjuradas para imponer el fascismo en toda Europa, los gobiernos británicos de Stanley Baldwin (1935-1937) y de Neville Chamberlain (1937-1940), ambos del Partido Conservador, adoptaron una posición controvertida y a la postre ineficaz: en aras de evitar un conflicto mayor y de conservar intactos sus intereses comerciales y políticos en el exterior, cedieron en cuestiones como la invasión de Manchuria por parte de Japón entre 1931 y 1932, agresión que quedó impune en los órganos de la Sociedad de Naciones; la invasión italiana de Abisinia de 1935 con el beneplácito de potencias como Alemania, Japón o los Estados Unidos (Reino Unido no cerró el canal de Suez, por donde pasaban los barcos de guerra italianos); la remilitarización de Renania en 1936 contra lo establecido en el Pacto de Versalles donde quedaron firmadas las cláusulas que ponían fin a la Primera Guerra Mundial; la invasión japonesa de China en 1937, que dio comienzo a la segunda guerra sino-japonesa entre el 37 y el 45; o la anexión de los Sudetes por parte de la Alemania nazi mediante la firma del Acuerdo de Múnich en 1938. Estas situaciones fueron contempladas por los británicos “con poco menos que comprensión, y se pensó que así se saciarían los deseos hitlerianos y se propiciaría la consecución de acuerdos apaciguadores” (Jorge, 2016: 61). A este trágico contexto cabe añadir un componente más: la amenaza de contagio de los postulados revolucionarios que habían triunfado en la Unión Soviética y que inspiraban a buena parte de la izquierda europea. Paul Preston denuncia la postura inglesa y la acusa de favorecer el golpe de Franco:

Los considerables intereses comerciales británicos en España, con importantes inversiones en minas, vinos, textiles, aceite de oliva y corcho, les indujeron a ser cualquier cosa excepto solidarios con la República. La comunidad mercantil se inclinaba inevitablemente hacia el bando nacional, dada la creencia de que los anarquistas y los demás revolucionarios españoles estaban dispuestos a requisar y a colectivizar las propiedades británicas.

2 Como destaca David Jorge (2016: 62), el predominio de la potencia estadounidense en la esfera internacional se producirá y consolidará a partir de la victoria en la Segunda Guerra Mundial.

Del mismo modo, numerosos miembros del gobierno y del cuerpo diplomático británico, por razones de clase y educación, simpatizaban con los objetivos contrarrevolucionarios de los nacionales, como también simpatizaban con Hitler y Mussolini. (Preston, 2006: 153)

Ante tal escenario mundial, me parece pertinente plantear una serie de preguntas, siguiendo los postulados de esta corriente historiográfica. ¿Podemos sostener ante tales evidencias que la guerra de España fue un conflicto meramente nacional? ¿Por qué tanto el golpe militar de Franco, como el apoyo militar y logístico de Hitler y Mussolini no se pone en relación con la política de agresiones planificadas que empieza en Manchuria (1931-32), sigue en Abisinia (1935) o China (1937) y aprovecha la inestabilidad republicana de 1936 para implantar un régimen fascista en España? ¿Qué sentido tiene la participación de Brigadistas Internacionales en el conflicto bélico español? ¿Qué interés movió a reporteros, periodistas, escritores de todo el mundo (Ilya Ehrenburg, Ernest Hemingway, George Orwell, André Malraux, Tristan Tzara, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Anita Brenner, Pablo Neruda, César Vallejo, Nicolás Guillén, Pablo de Latorriente Brau, Octavio Paz, Elena Garro) o fotógrafos (Robert Capa, Gerda Taro) a relatar día a día los avatares de un conflicto supuestamente interno? ¿Por qué se congregaron en la Valencia de 1937 intelectuales de todo el mundo en Defensa de la Cultura y contra el fascismo? ¿Por qué se habían congregado antes en París, en 1935, en el I Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura? ¿Acaso no puede considerarse la guerra de España como el primer capítulo de un conflicto mundial, puesto que en él intervinieron potencias mundiales y se dirimió la suerte del país entre tres grandes proyectos políticos, fascismo, revolución y democracia liberal, del mismo modo que sucedería tras la entrada de Gran Bretaña y Francia en la guerra en 1939 y de Estados Unidos en 1941? ¿Los márgenes de la Segunda Guerra Mundial, entre el 39 y el 45, no son demasiado estrechos, visto que hubo conflicto bélico anterior y posteriormente? ¿Responde esta periodización a una interpretación anglocéntrica de la historiografía, especialmente excluyente del caso español? ¿Reproducen estos límites el discurso que consideraba la Guerra Civil un asunto interno español, para calmar la conciencia europea, culpable de la vulneración de la legalidad internacional que supuso la creación del Comité de no Intervención contra la potestad diplomática y jurídica de la Sociedad de Naciones? Muchos historiadores y escritores han investigado sobre el papel que tuvieron las potencias extranjeras en el conflicto español. Enrique Moradiellos califica la Europa de los años treinta como un “reñidero” (Moradiellos, 2016: 199), en el que España se situaba como un escenario más de la pelea. En mi opinión, lo significativo no es que potencias como Alemania, Italia o la URSS intervinieran en el conflicto español, sino la idea de que el conflicto español pudiera interpretarse como parte integrante del propio conflicto in-

ternacional, que España pueda ser considerado uno de los primeros escenarios donde se libró la batalla de la hegemonía internacional que dominaría la segunda mitad de siglo XX. Paul Preston (2006: 149) habla directamente de “guerra civil europea”; sin embargo, a pesar del predicamento que han alcanzado estos historiadores, esta perspectiva internacional que concibe la guerra como un acontecimiento que trasciende las fronteras de nuestro país quedó sepultada ante el gran relato de la Guerra Civil como una guerra entre hermanos.

Todas estas preguntas abren paradigmas interpretativos significativamente distintos: o se trata de un conflicto interno, en cuyo caso el término “guerra civil” sería pertinente; o se trata de un conflicto que se inserta en una lógica de enfrentamiento global, en cuyo caso el historiador David Jorge propone la recuperación del término “guerra de España”. No es menor el asunto de la terminología. Fernando Larraz en su excelente estudio sobre el *Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo* (2014) analiza el interés del poder franquista por eliminar del campo cultural todo discurso alternativo al oficial. Larraz destaca en su trabajo cuánto incomodaba, durante la década de los años cuarenta y cincuenta, el término “guerra civil”: “la denominación del conflicto es una premisa irrenunciable para algunos censores hasta casi la década de los sesenta” (Larraz, 2014: 108). Dado que el franquismo basaba su legitimación en la victoria de una guerra provocada por su golpe de Estado, debían elaborar una retórica que justificara el golpe y el conflicto posterior, de modo que eran mucho más frecuentes en novelas, diarios y propaganda oficial los términos “Guerra de Liberación”, “Guerra de Independencia” o “Cruzada nacional”. La retórica falangista, que en el seno mismo del poder dictatorial se disputará la hegemonía retórica, ideológica y simbólica con otras fuerzas como la nacionalcatólica (Saz, 2008), insistía en la labor higiénica de la guerra, en la idea de salvación de la patria y, curiosamente, definía la guerra como la respuesta del pueblo español a una agresión exterior: el comunismo procedente de la URSS. Del mismo modo, buena parte de los republicanos se movilizaron en torno a la idea de antifascismo, especialmente aquellos sectores más proclives a la ideología e influencia comunista o soviética. De hecho la Internacional había virado su política, relegando el proyecto revolucionario en favor de un movimiento integrador de comunistas, socialistas y anarquistas en contra del avance del fascismo (Juliá, 2004: 250-260). Paradójicamente, la perspectiva global de la guerra sí existía durante los años treinta y los años cuarenta. El gran logro del franquismo fue anularla y relegar el conflicto a los estrechos márgenes de la nación española, de su historia y de sus mitos.

El término “guerra civil” comenzó a ser predominante a partir de los años cincuenta y se consolidó en los sesenta. Tras dos décadas de dictadura, y con el franquismo transmutando la piel hacia el bloque capitalista tras los Pactos de Madrid en 1953 o la visita del

Presidente de los Estados Unidos Dwight Eisenhower a España en 1959, el relato oficial de la guerra debía mostrarse menos retrógrado, acorde con la propaganda franquista que celebraba el llamado periodo aperturista, los XXV años de paz y los Planes de Desarrollo en España; la hegemonía retórica, ideológica y simbólica del falangismo da paso en esta variación del franquismo al poder tradicionalista y conservador de los sectores nacionalcatólicos. Es entonces cuando aparecieron autores como José María Gironella o Camilo José Cela, que contribuyeron a elaborar este nuevo relato sobre el conflicto. La trilogía de Gironella *Los cipreses creen en Dios* (1953), *Un millón de muertos* (1961) y *Ha estallado la paz* (1966) mereció el Premio Nacional de Literatura, pero se convirtió no solo en un fenómeno de ventas durante décadas, sino también en el modelo de ese nuevo paradigma sobre la guerra. En Gironella la guerra acontece como una tragedia puramente humana, donde el dolor y el sufrimiento quedan generalizados a toda la población, y donde las culpas deben buscarse en absolutamente todos los contendientes. La censura dio el visto bueno las novelas de Gironella. Quedaba planteada así la teoría de las dos orillas, la equidistancia en el dolor y en la culpabilidad de los dos “bandos”; al reconocer los “desmanes” en la retaguardia fascista, el relato adquiriría una pátina de objetividad que, en realidad, no existía. “Más que objetividad, lo que busca —y consigue— Gironella es un amortiguamiento del maniqueísmo para resultar más creíble y porque más vale reconocer algún desmán en los suyos que pasar por completos mentirosos” (Larraz, 2014: 121). Raquel Maciuci (2010) resume este cambio de paradigma de la siguiente manera: en las narraciones la guerra pasó de ser algo deseable (como cruzada, como salvación) a ser algo inevitable. La terminología sobre el golpe de Estado (“alzamiento nacional”) o sobre los republicanos (“rojos”, “judeo-masones”, “hordas anticatólicas”) se mantuvo, pero el término “guerra civil” se impuso, precisamente por lo que tenía de exculpatorio: una guerra civil, una guerra entre hermanos, donde todos cometieron atropellos y todos perdieron algo, donde en definitiva no podemos hablar de víctimas y culpables, o mejor todos fueron víctimas y todos fueron culpables.

Para Santos Juliá (2004) 1956 fue el año crucial para este cambio de discurso. En febrero de ese año se produjeron las primeras revueltas universitarias significativas contra el franquismo y se fundó la Agrupación Socialista Universitaria. La rebeldía universitaria no procedía de la España vencida, sino precisamente de la España vencedora; una nueva generación de hijos de familias de los vencedores articularon ese nuevo paradigma con respecto al pasado (como Dionisio Ridruejo, Javier Pradera, Miguel Sánchez Mazas, José María Ruiz-Gallardón o Gabriel Elorriaga...) a través de manifiestos como el del 1 de abril firmado por la ASU o el firmado ese mismo año por Esteban Pinilla de las Heras, José María Castellet, Manuel Sacristán y Vicente Girbau. El espíritu de la protesta estaba claro: el atraso del país era atribuible a un franquismo que aislaba la nación y

que impedía la modernización económica y cultural de la sociedad española; de este modo, lejos de las sucesivas celebraciones de la victoria de 1939, este grupo de jóvenes interpretaba la guerra civil como un encarnizamiento mutuo y como una derrota general de España: “ahora ya sabemos que la derrota fue de todos contra todos” (Juliá, 2004: 441-443).

Sin el entusiasmo de sus padres, esa nueva generación de jóvenes exhibía su frustración ante un país que, si bien les brindaba un acceso a la cultura y a la formación universitaria vedado para la mayoría de jóvenes, conservaba una mirada estrecha y castrante para sus anhelos de modernidad.

El 18 de julio no había fundado nada sino aquella miseria de presente con la que ellos habían tropezado cuando se decidieron a recorrerlo por dentro y a comparar con el exterior. [...] La guerra civil como cruzada por la religión y por la patria, como guerra de independencia nacional quedó únicamente como discursos para las conmemoraciones oficiales. (Juliá, 2004: 438)

Las inferencias de tal discurso, lejos de impugnar el franquismo, le sirvieron de coartada para extender su lógica exculpatoria: si todos fueron derrotados, todos fueron culpables por igual; si la tragedia española había sucedido era porque tenía en su origen un enfrentamiento telúrico entre dos maneras de entender el país y que se extendía por todo el siglo XIX hasta alcanzar el siglo XX, en enfrentamientos repetidos, constantes, de modo que la Guerra Civil sería un episodio más en el conflicto de las dos Españas.

Uno de los intelectuales de cabecera del franquismo, Camilo José Cela, se sumó a estas tesis, sin duda, muy eficaces. En la dedicatoria de *San Camilo 1936* (1969) iguala la participación de nazis y de brigadistas, de fascistas italianos y de comunistas soviéticos, en fin, de todo foráneo “invitado” a nuestra particular fiesta de muerte:

A los mozos del reemplazo de 1937, todos perdedores de algo: de la vida, de la ilusión, de la esperanza, de la decencia. Y no a los aventureros foráneos, fascistas y marxistas, que se hartaron de matar españoles como conejos y a quienes nadie les había dado vela en nuestro propio entierro. (Cela, 1969)

Cela vincula el nuevo relato “civil” de la guerra con la perspectiva del conflicto interno. ‘Fascista’ y ‘marxista’ no solo queda equiparado, como es propio del nuevo paradigma, sino que además ambos proceden de una amenaza exterior, aventurera, extraña al carácter español y ajena a nuestro propio entierro. La guerra pasa a relatarse de manera deshistorizada y despolitizada, como un acontecimiento inevitable, sin responsables, y se presenta como consecuencia del propio carácter español, intrínsecamente violento, incluso mágico.

no lo dudes, sobrino, dentro de cada español habita un incendiario religioso, no hay más que darle la ocasión propicia para que demuestre sus habilidades, los extremeños se tocan, la reacción quema herejes y libros y la revolución quema iglesias e imágenes, el caso es quemar algo, observa sobrino que el pueblo español aunque pasa hambre no quema bancos sino conventos, detrás de tanta llama no hay una motivación política y menos aún económica sino religiosa y mágica, a lo mejor el español confunde la política, la economía, la religión y la magia, también es posible, el fuego es el gran remedio, la panacea universal para todas las dudas y el español duda de todo menos del fuego eterno, del fuego de la caldera de Belcebú que viene en el catecismo, aquí lo único que no se permite quemar son cadáveres porque dicen que es pecado, aquí se queman personas vivas y casas con personas dentro, el español tiene alma de falla valenciana, cuanto más fuego mejor. (Cela, 1969: 227)

Así pues, fragua en el seno del franquismo una visión mítica y esencialista del carácter español, a la que se añadirán elementos culturales que legitimarán esa visión: Francisco de Goya y su *Duelo a garrotazos*, las novelas de tesis de Benito Pérez Galdós o incluso la célebre poesía de Antonio Machado (1912): “Españolito que vienes / al mundo te guarde Dios. / Una de las dos Españas / ha de helarte el corazón”. Pero este mito es cambiante desde el siglo XIX y no reproduce sino las dos actitudes que provoca la Modernidad: el entusiasmo y el rechazo del proceso de transformación cultural, el rojo y el negro (o azul), el deseo de progreso y el deseo de regreso, con todas sus variables. La explicación a través del mito nos conduce de modo irremediable a sublimar la violencia del fascismo, de la represión franquista y, en último término, a diluir las responsabilidades histórico-políticas que debieron depurarse a partir de 1975 en una nebulosa fantasmagórica o en la metáfora de una falla valenciana.

LA MIRADA EXTRANJERA

La mirada extranjera ayuda a comprender mejor la perspectiva internacional como explicación alternativa al asunto interno que promueve la retórica oficial. Los testimonios y memorias de periodistas, escritores intelectuales o sencillamente de los brigadistas desplazados a la España en guerra ofrecen las motivaciones por las que se decidieron a participar en apoyo de la República, y en ellos trasciende la preocupación no solo por un país concreto, sino por una batalla a nivel mundial para frenar al fascismo. Abren, pues, un marco explicativo sustancialmente distinto al que circula de manera hegemónica en España, y desde esta percepción “internacionalista” dieron sentido y explicaron a sus respectivos públicos el sentido de su participación o de su lectura de la Guerra de España. Por ello, escogeré distintos testimonios que reflejan esa lucha global en un país

remoto como el nuestro, bien sea desde el ámbito puramente militar al ámbito intelectual, en el que converge la idea de un conflicto que desborda las fronteras nacionales y cuyo relato, por consiguiente, pone en entredicho la retórica del conflicto interno.

Las palabras de Ana Pérez, presidenta de la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales, pronunciadas el 22 de octubre de 2011 a propósito de la inauguración del monumento conmemorativo hacia los voluntarios venidos de todo el mundo nos ponen sobre la pista de la motivación principal de los soldados extranjeros:

Abandonaron sus países de origen y vinieron a España a defender la libertad del mundo. Ellos supieron ver que la disyuntiva entonces era libertad o barbarie, democracia o fascismo, y alertaron por primera vez al mundo del peligro del orden hitleriano. Sabían que la guerra de España podía ser la antesala de una nueva confrontación mundial y quisieron evitarla arriesgando sus vidas en un compromiso por la libertad y la justicia, que también era un compromiso por la paz. (Bodek, 2014: 6)

El discurso de Ana Pérez figura a modo de prólogo en la recopilación de *Memorias vivas* (2014) del fotógrafo mexicano Adrián Bodek. Hijo de un médico alemán que escapó de la Alemania nazi y participó en tareas sanitarias en la retaguardia de la Guerra Civil, decidió reunir los testimonios de algunos brigadistas que todavía vivían en Austria, Holanda, Alemania, Reino Unido, México o Estados Unidos. La compilación contiene 29 testimonios elaborados de manera diversa. Cada brigadista aparece en una o varias fotos actuales, en blanco y negro, y se traza el perfil de cada uno de ellos mediante la voz testimonial, mediante la selección de alguna otra obra publicada o, en último término, mediante una breve reseña biográfica. Cada testimonio reproduce, de manera heterogénea, la experiencia de la batalla, las anécdotas en suelo español junto a los nativos, las experiencias carcelarias en algunos de ellos o la sensación al regresar a sus respectivos países. En la mayoría de ellos se hace explícito el interés por contribuir en una contienda general contra el fascismo, que había encontrado en España su primer escenario: “Me alisté porque los fascistas de Hitler y Mussolini estaban ayudando a Franco en su plan de conquistar el mundo. Como nos oponíamos al fascismo, queríamos ayudar para evitarlo” (Mattson en Bodek, 2014: 10); “Nací en Lessening, Pensilvania, en 1910. Estuve en la Brigada Lincoln porque odiaba el fascismo” (Schemrock en Bodek, 2014: 28); “Fui a la guerra en España porque los fascistas estaban tratando de tomar el poder y debíamos pararlos” (Sramek en Bodek, 2014: 32); “Había un tanto de romanticismo pero nuestra preocupación principal era el momento crucial donde estaba el mundo y que nuestros esfuerzos podían ayudar a cambiar las cosas en la dirección correcta” (Billings en Bodek, 2014: 40); “Por encima de todo, luchar significaba oponerse al fascismo” (Kaufman en Bodek, 2014: 60).

También es significativo el testimonio de Mika Etchebéhère (1902-1992), una militante comunista argentina que llegó a capitanear una compañía de soldados durante la guerra de España. Etchebéhère se convirtió en la primera mujer que alcanzó tal grado en el ejército español y su peripecia fue novelada por la escritora Elsa Osorio en su obra *La Capitana* (2012). Junto a su compañero Hipólito Etchebéhère, deberán abandonar Buenos Aires por su adscripción trotskista y tras una temporada en la Patagonia, se trasladarán a Berlín hasta el auge del nazismo, y posteriormente a París y a Madrid tras triunfar el Frente Popular en 1936. Se unirán a las columnas del POUM, pero Hipólito Etchebéhère morirá en la primera batalla y ella ocupará su lugar hasta alcanzar el poder de mando. En 1976, por mediación de Julio Cortázar, publicará en francés sus memorias *Ma guerre d'Espagne à moi*, traducida inmediatamente al español por Plaza & Janés en ese mismo año³. El testimonio de Mika Etchebéhère nos revela tanto la solidaridad de las organizaciones internacionales y de muchos voluntarios con la República, como la asunción de la causa antifascista como propia. Desde posicionamientos revolucionarios, Mika e Hipólito Etchebéhère se integran en las milicias que batallan contra el ejército sublevado, pues la consideran una causa mundial:

-No, no tengo hijos. De común acuerdo, mi marido y yo decidimos evitar toda traba que nos impidiera tomar parte en la lucha revolucionaria allí donde estallara. A esto se debe que no hayamos tenido hijos.

-Con lo madraza que es usted, me pregunto si no los echa de menos. Se preocupa usted de los milicianos como si fuesen niños pequeños, que si comen, que si tosen...

-No haga caso, yo tengo la manía de dar de comer a todo bicho viviente, seres humanos, gatos, pájaros. A veces mato mis plantas por regarlas demasiado. Necesito saber que a mi alrededor no hay hambre. Además, desde el comienzo de la guerra aprendí que era fundamental dar de comer a los combatientes, sobre todo cuando debían mantener una posición. A lo mejor exagero la importancia del alimento... (Etchebéhère, 2013: 341)

El mismo compromiso global adquiere el afroamericano James Yates al enrolarse en la Brigada Lincoln para luchar en un país desconocido. La causa: saber que el fascismo italiano había invadido Abisinia, Etiopía, el país de sus ancestros, sin que la comunidad internacional hiciera ningún gesto de condena ni de solidaridad, y sabiendo que el fascismo avanzaría imparable hasta arrasarse su propia nación. Si bien la geografía donde se desarrollaba la guerra era ignota, la causa era bien conocida: España era un escalón más en la imparable ascensión del totalitarismo. Esa es la causa que refieren todos los briga-

³ Cito por la edición argentina más reciente publicada por Milena Caserola, 2013, realizada junto a la película documental *Mika, mi guerra de España*, de Fito Pochat y Javier Olivera, 2014.

distas cuyo testimonio recoge Adrián Bodek en su libro *Memorias vivas* (2014): militantes comunistas o antifascistas de ambos lados del Atlántico que acudían a la Península a luchar contra Hitler.

En esa guerra iba a luchar, conduciendo camiones entre Albacete, Valencia y Teruel. James Yates en *De Misisipi a Madrid. Memorias de un afroamericano de la brigada Lincoln* (2011) reconstruye sus memorias a partir de la idea de lucha por la libertad y la igualdad. Yates explica su infancia en Misisipi, cómo su madre anotó la fecha de nacimiento del hijo en las páginas de una Biblia porque nadie en ese lugar “tenía ningún interés en registrar los nacimientos ni las muertes de los negros”, los linchamientos periódicos hacia las familias negras, las palizas de los blancos, la amenaza sagrada del Ku Klux Klan, el remplazo de la esclavitud por un trabajo inhumano pero regulado y el deseo de escapar de polizón en un tren, camino del norte, cualquier noche sin que nadie se enterara. A partir de su historia de vida, rememora el Chicago de los años veinte, las primeras marchas de los sindicatos, el trabajo en las cámaras frigoríficas del matadero, la vigilancia de polacos e irlandeses condenados a la misma marginalidad que los negros, los apartamentos pequeños y oscuros del progreso. Y en este in crescendo de años y de causas, el Nueva York de los años 30, con las manifestaciones en Union Square, el movimiento negro que planificaba el regreso a África para escapar de la violencia racial en Estados Unidos, el refugio de Harlem y las noticias del fascismo universal que atacó Etiopía primero y España después.

La historia de Yates es el relato de una toma de conciencia individual y colectiva, donde la opresión, la justicia y la libertad son universales. Estas memorias interpretan la Guerra Civil española en clave universal, como lo hicieron miles de brigadistas que llegaron para defender la democracia. Frente a la narrativa hegemónica que concibe la Guerra Civil como un enfrentamiento entre hermanos y que este país, de alguna manera, venía gestando su propia hecatombe, James Yates habla de España del mismo modo que habla de Estados Unidos; no había diferencia entre las bandas de blancos que ahorcaban públicamente a jóvenes negros en los estados del sur, y los “paseos” al amanecer de campesinos comunistas y socialistas; bajo esas manifestaciones se escondía la misma inercia: el fascismo fue parte de una estrategia mundial de dominación, por parte del poder hegemónico privilegiado, a las clases trabajadoras para impedir los avances sociales, la igualdad, la libertad y la justicia.

Otra perspectiva complementaria puede observarse desde el trabajo de periodistas, corresponsales o cronistas desplazados a España entre 1936 y 1939. En 1978, el hispanista norteamericano Gabriel Jackson publicó en español una *Antología de los principales cronistas de guerra americanos en España*. Se trata de una colección que incluye 32 crónicas firmadas por 17 cronistas, ordenadas por bloques temáticos en los que se trata de

abordar, cronológicamente, los avatares de la Guerra Civil: en primer lugar, los antecedentes del conflicto; posteriormente, la guerra a partir de las batallas y acontecimientos militares acontecidos; la política interior, en especial la presencia de las Brigadas Internacionales, las tensiones entre partidarios del golpe militar de Franco o leales a la República en distintos territorios o la controversia entre las distintas facciones que apoyan a la República; las repercusiones del conflicto a nivel internacional; y finalmente, la evolución de la España franquista durante el conflicto y tras su victoria. Esta ordenación y distribución de materiales abunda en el planteamiento intrínseco de retomar voces foráneas para relatar el conflicto, pues incide en un relato que traza numerosos puentes con los conflictos de carácter ideológico que están teniendo lugar entre las potencias europeas y las sociedades más avanzadas. En este sentido, en la introducción a la antología Jackson define la guerra como el “encuentro crucial entre las luchas revolucionarias y las tradicionalistas, que se venían desarrollando en España durante más de un siglo” (Jackson, 1984: 5). El hispanista norteamericano parte de la perspectiva que defendía que el enfrentamiento entre españoles se había venido gestando a lo largo de la historia, pero a continuación, se atreve a explorar los factores externos que intervienen en el desarrollo de la contienda y a vincularlos con la política exterior de Reino Unido, Francia, Italia, Alemania o Estados Unidos, potencias que mantenían posiciones interesadas en la Guerra de España. De este modo, no duda de la simpatía del primer ministro británico Stanley Baldwin hacia la sublevación franquista (1984: 13), muestra la decepción del gobierno republicano tras los Acuerdos de Múnich, pues cerraban la puerta a una intervención a favor de la República de las potencias “neutrales” (1984: 21-22), reconoce el interés del *New York Times* por el estallido del conflicto, superado posteriormente por la guerra entre China y Japón o por el avance de la ocupación alemana en el continente y, finalmente, señala la fascinación (o el horror) mundial por los procesos de revolución y contrarrevolución llevados a cabo en el seno de la contienda tras la Revolución Rusa de 1917, lo que podría suponer un espejo para procesos revolucionarios en otras latitudes.

Especial interés cobra el bloque dedicado a los antecedentes de la guerra⁴, pues los textos incluidos en este apartado tratan de ofrecer una explicación al estallido del conflicto explorando las fuerzas en pugna, la historia de España y el contexto en que se produce el golpe militar y la extensión de la violencia. Los cronistas son Frank E. Manuel, Edwin L. James y Anita Brenner con sendos artículos aparecidos entre el 26 de julio y el 2 de agosto de 1936, en un estadio inicial de la contienda. Los tres corresponsales son ca-

4 Un interés menor para nuestro estudio suscitan, en cambio, las crónicas que relatan el desarrollo de la contienda, más centradas en informar sobre los acontecimientos que en trazar una verdadera explicación de fondo del conflicto. Cabe señalar que los textos recogidos por Gabriel Jackson son artículos que aparecieron publicados en el *New York Times* y, por lo tanto, tenían un objetivo informativo claro, frente a otros géneros como las memorias en los que encontramos digresiones de mayor calado.

paces de exponer los movimientos producidos alrededor del 18 de julio y de elaborar las causas por las que se produce el golpe militar. Sin duda, remiten al propio contexto español y a los avatares de la II República para vincular las acciones de los golpistas: Frank E. Manuel, en un apresurado artículo, relata los avisos del golpe en mayo de ese mismo año, el error al no destituir a los militares rebeldes, la conversión de los monárquicos en convencidos fascistas, la penetración de la propaganda fascista en el medio rural o la debilidad del gobierno republicano; Edwin J. James, con una vocación verdaderamente oracular, adscribe el conflicto a una verdadera lucha de clases y augura la continuación de la violencia una vez concluida la guerra debido al carácter del enfrentamiento, y señala los movimientos de los primeros días tras el golpe, la división del país en tal o cual bando, golpista o leal; Anita Brenner, con mayor capacidad analítica, se remonta a principios de siglo XX (1905, 1909, 1917, 1921) para explicar el nacimiento de la II República y para exponer las grandes reformas que acometió para modernizar el país, la cuestión agraria, la industria, la administración y el ejército, cuestiones que a la postre servirían de resorte para la reacción antimoderna de buena parte del ejército y de la sociedad española.

No obstante, a pesar de esforzarse por dar a entender a un público extranjero los acontecimientos históricos producidos en España, los tres cronistas comparten una sensación clara: la guerra de España no solo tendrá consecuencias fuera de su territorio, sino que alimentará una pugna de carácter internacional. Frank E. Manuel traza similitudes con los gobiernos fascistas de Italia y Portugal, inspiración para el fascismo español representado por José Antonio Primo de Rivera y también contrapone la suerte de los gabinetes republicanos al gobierno de Léon Blum en Francia; no obstante, no trasciende en su explicación de los paralelismos que encuentra en el entorno español. Sin embargo, Edwin L. James, como hemos dicho, plantea el conflicto español como una lucha de clases, es decir, como un enfrentamiento entre ideologías y proyectos políticos, no como una pugna coyuntural por el poder del Estado; en este sentido, su aviso va más allá de las fronteras españolas:

Siendo el futuro de España lo que está en peligro, la lucha ha afectado en forma importante al Viejo Mundo. Esto es lógico en un continente dividido entre dictadores, que se encuentran tan a la derecha como se puede estar, y democracias con una tendencia firme a la izquierda. Sus consecuencias quedan evidenciadas elocuentemente con la solicitud de ayuda hecha por el gobierno de izquierdas madrileño [sic] al gobierno de izquierdas francés. [...] Existe un informe según el cual los comunistas franceses organizan una división para combatir a los rebeldes españoles.

En París la reacción ha sido la que cabía esperar. Los moderados han planteado lucha ante semejante empresa y el gobierno de Blum se enfrenta a la

alternativa de negarse a ayudar a sus correligionarios políticos españoles o bien intensificar la lucha de clases en Francia. Además M. Blum no obtendrá gratitud por parte de Berlín o Roma —ni tan solo de Londres— por tomar una determinación que puede representar un apoyo para el establecimiento de un régimen comunista en Madrid. (James en Jackson, 1978: 34-35)

Más allá de exponer las contradicciones a las que se enfrenta Francia sobre la participación o la no intervención en la Guerra de España, no se le escapa a Edwin L. James que tal disyuntiva se planteará al resto de potencias europeas y que la contienda alentará un conflicto de facto mucho mayor:

Como es lógico, toda Europa está al acecho de la respuesta francesa a la llamada macedónica del Frente Popular de Madrid. Los efectos de la contienda española se sentirán en todo el Viejo Mundo; y se tendrá una importancia internacional máxima, en el caso de que Francia o cualquier otro país tomen partido. Se cree que no es probable que esto suceda; de suceder, es difícil calibrar las reacciones.

La mayoría de estadistas juzgarán preferible que los españoles lo solucionen en su propio terreno y extraigan sus propias conclusiones. (James en Jackson, 1978: 37)

Anita Brenner, en una crónica más pormenorizada y con cierta perspectiva histórica, sintetiza la Guerra Civil a partir de una serie de referencias históricas de gran envergadura, y no duda en afirmar que es un enfrentamiento más de los numerosos que se están produciendo en todo el mundo de la misma naturaleza:

La guerra que ha convertido prácticamente a cada español en un militante, se ha descrito como la combinación entre la Reforma Inglesa y la Revolución Francesa. Siendo ambas cosas, a la vez abarca una porción mucho mayor de la historia moderna: buena parte de la Rusia de 1917, y las luchas socialistas-fascistas que están teniendo lugar en varios lugares del mundo. (Brenner en Jackson, 1978: 38-39)

Pero no solo el carácter internacional se encuentra en la naturaleza del conflicto (es decir, la pugna de las grandes ideologías, del mismo modo que esa pugna está teniendo lugar en otros países de Europa y del resto del planeta), sino en las consecuencias históricas que puede tener la guerra:

Ahora se ha iniciado la batalla decisiva. Se ha venido ensayando a una escala cada vez mayor, desde la caída de la monarquía y su dictadura. Cada bando conoce en este momento con una claridad cegadora la magnitud de su fuerza, la naturaleza de lo que está en juego, y qué le pasará si pierde.

También conoce las reglas del juego: todos han luchado muchas veces en las calles con anterioridad y se sabe que se gana o se pierde en función de que se tenga el apoyo de la gente corriente, las grandes mayorías de la tierra.

A partir de su propia historia y de los acontecimientos en otros países europeos, España sabe en este momento que se está lanzando definitivamente por uno de dos caminos: el fascismo o el socialismo. Sabe que la lucha decisiva no es una cuestión de quién sea el que gane hoy los combates. Es algo que costará meses, tal vez años, decidir; y lo que surja depende por igual del dinero que de las armas —y casi tanto de los millones de personas que no son españoles, como de los propios españoles. (Brenner en Jackson, 1978: 46)

Así pues, la Guerra de España es fruto de una serie de inercias y tensiones internas particularmente españolas, pero al mismo tiempo está siendo el primer campo de batalla donde el resto de potencias se están jugando, de alguna manera, su futuro. De ahí su interés, su recelo, su participación o su decisión de no intervenir con la ingenua esperanza de encajonar un conflicto que no afecte al devenir de las democracias francesa, británica, etcétera.

Por su parte, el soviético Ilya Ehrenburg también ejerció de corresponsal de guerra en España. Sus crónicas fueron publicadas en 1968 en Buenos Aires por la editorial Tiempo Contemporáneo bajo el título *Corresponsal en España*, y a partir de 1979 en España en Ediciones Júcar. Consta de 52 textos, ordenados de manera azarosa, pues no importa la cronología ni las etapas de su tránsito por España; al contrario, cada pieza funciona de manera autónoma y su resorte principal es la memoria, el recuerdo de alguna experiencia concreta o la evocación de las ciudades, hombres y mujeres con los que se encontró. Así, aparecen textos que evocan el paisaje de Toledo, Huesca, Barcelona, Málaga, Teruel, Buñol, Albacete, y con ellos una multitud de personajes, entre los que destacan no pocos extranjeros: brigadistas, prisioneros italianos despreciables, mercenarios marroquíes engañados por Franco, milicianos alemanes o soldados oriundos de Abisinia que se habían desplazado a España para luchar por su tierra contra el fascismo italiano.

Los obreros de la fábrica de Ford de Barcelona, partidarios de la CNT y la UGT, enviaron a la columna Durruti una cantidad de camiones. Vi cómo los trabajadores anarquistas abrazaban a los jóvenes comunistas. Han aprendido mucho estos eternos hijos de don Quijote. Ya no hablan más de la “organización de la antidisciplina”. La sugestión mutua, como un martillazo, es ¡Disciplina! (1968: 34-35)

El valor de las crónicas de Ehrenburg no reside, como es obvio, en la veracidad de su relato, sino en la ubicación de España en el centro de la lucha antifascista mundial y la

consideración de su labor cronística en tanto que propaganda, como arma en el campo de la información y de la movilización política, si bien alterna el furor de sus convicciones con el lamento de una tierra sufriente.

Frente a la retórica convencida de Ilya Ehrenburg, podríamos contraponer ejemplos de memorias y testimonios menos autocomplacientes como el de John Dos Passos en *Años inolvidables* (1966) o el de Georg Orwell en *Homenaje a Cataluña* (1938), aunque su comparación, sin duda interesante, se separaría del objeto de estudio de este artículo. Baste, de momento, entender la presencia del norteamericano y del británico desde esa misma perspectiva global que vincula la guerra de España con un conflicto verdaderamente internacional.

CONCLUSIONES

La participación de brigadistas internacionales en la Guerra de España y el interés mediático que propició el desplazamiento y seguimiento de la contienda por parte de fotógrafos, periodistas e intelectuales de todo el mundo no ha logrado desestabilizar la narrativa dominante del conflicto bélico en nuestro país. La tendencia a considerarla como un enfrentamiento interno, cuyos orígenes se remontan al siglo XIX en una suerte de pelea permanente con determinados episodios de especial virulencia sigue ocupando la centralidad explicativa de la Guerra Civil. Esta visión fue promocionada desde el seno del franquismo a partir de los años cincuenta, lo que ha permitido cierta carta de impunidad o de exculpación hacia los causantes de la guerra: los generales golpistas y su decisión de extender la guerra una vez fracasó el golpe en julio de 1936.

Esta visión, como he tratado de exponer a lo largo de este artículo, contrasta con un marco narrativo que entiende que las fuerzas en pugna en la España de los años treinta son las mismas fuerzas que mantendrán un combate feroz en los países occidentales, dada la vocación global de las ideologías enfrentadas. Esta mirada abre la perspectiva de lo que fue la naturaleza del conflicto, trata de complejizar su interpretación y de comprender un acontecimiento histórico que fue mitificado y simplificado por la retórica hegemónica franquista; en definitiva, frente al marco conceptual hegemónico sobre la Guerra Civil, existen marcos alternativos que arrojan lecturas desestabilizadoras, profundas y reveladoras de otros sentidos del conflicto bélico.

No podemos considerar, por lo tanto, la presencia, participación e interés de actores extranjeros en la Guerra de España como un mero acontecimiento circunstancial o tangencial, sino como un elemento nuclear para observar la naturaleza del conflicto bélico en toda su magnitud, y poder elaborar así una memoria histórica más ambiciosa, más ponderada y menos lastrada por interpretaciones parciales o revanchistas.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldecoa, Josefina (1990). *Historia de una maestra*. Barcelona: Anagrama.
- Becerra Mayor, David (2015). *La Guerra Civil como moda literaria*. Madrid: Clave Intelectual.
- Benet, Juan (2016). *Herrumbrosas lanzas*. Madrid: Debolsillo.
- Bodek, Adrián (2014). *Memorias vivas*. Madrid: La oficina de arte y ediciones.
- Cela, Camilo José (1989). *San Camilo 1936*. Madrid: Alianza Alfaguara.
- Cercas, Javier (2009). *Anatomía de un instante*. Barcelona: Mondadori.
- Cercas, Javier (2014). *El impostor*. Barcelona: Literatura Random House.
- Cercas, Javier (2017). *El monarca de las sombras*. Barcelona: Literatura Random House.
- Chirbes, Rafael (1992). *La buena letra*. Barcelona: Anagrama.
- Dos Passos, John (1966 [2014]). *Años inolvidables*. Barcelona: Seix Barral.
- Ehrenburg, Ilya (1968). *Corresponsal en España*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Espinosa Maestre, Francisco. “Javier Cercas blanquea de nuevo el fascismo”. *Eldiario.es* (15/03/2017).
- Etchebéhère, Mika (1976 [2013]). *Mi guerra de España*. Buenos Aires: Milena Caserola.
- Faber, Sebastiaan. “La vergüenza de Javier Cercas”. *La Marea* (21/03/2017).
- Filkenstein, Norman (2000). *The Holocaust Industry: Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*. New York: Verso.
- Gironella, José María (1953). *Los cipreses creen en Dios*. Barcelona: Planeta.
- Gironella, José María (1961). *Un millón de muertos*. Barcelona: Planeta.
- Gironella, José María (1966). *Ha estallado la paz*. Barcelona: Planeta.
- Gracia, Jordi (2012). “‘Ayer no más’, de Andrés Trapiello”. *El País* (18/12/2012).
- Jackson, Gabriel (1978). *Antología de los principales cronistas de guerra americanos*. Barcelona: Icaria.
- Jorge, David (2016). *Inseguridad colectiva: La Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la paz mundial*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Juliá, Santos (2004). *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus.
- Larraz, Fernando (2014). *Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo*. Gijón: Ediciones Trea.
- Llamazares, Julio (1985). *Luna de lobos*. Barcelona: Seix Barral.
- Macciuci, Raquel (2010). *Entre la memoria propia y la ajena. Tendencias y debates en la narrativa española actual*. La Plata: Ediciones del lado de acá.
- Martínez Rubio, José (2015). *Las formas de la verdad. Investigación, docuficción y memoria en la novela hispánica*. Barcelona: Anthropos.
- Martínez Rubio, José. “El discreto desencanto de la burguesía o contra la crítica oficial de la Transición”. *Dicenda: Estudios de lengua y literatura españolas* 35 (2017): 227-245.
- Moradiellos, Enrique (2016). *Historia mínima de la Guerra Civil española*. Madrid: Turner.
- Muñoz Molina, Antonio (1986). *Beatus Ille*. Madrid: Alfaguara.

- Muñoz Molina, Antonio (1991). *El jinete polaco*. Barcelona: Planeta.
- Navarro, Vicenç. “Javier Cercas y su manipulación de la memoria histórica”. *Diario Público* (31/12/2014).
- Orwell, George (1938 [2013]). *Homenaje a Cataluña*. Madrid: Debolsillo.
- Osorio, Elsa (2012). *La capitana*. Madrid: Siruela.
- Preston, Paul (2006). *La Guerra Civil Española: reacción, revolución y venganza*. Barcelona: Debolsillo.
- Rivas, Manuel (1995). *¿Qué me quieres, amor?* Madrid: Alfaguara.
- Ros Ferrer, Violeta (2020). *La memoria de los otros. Relatos y resignificaciones de la Transición española en la novela actual*. Madrid: Iberoamericana.
- Saz, Ismael (2008). “Las culturas de los nacionalismos franquistas”. *Ayer* 71 (2008): 153-174.
- Todorov, Tzvetan (1995). *Les abus de la mémoire*. París: Arléa.
- Trapiello, Andrés (2012). *Ayer no más*. Barcelona: Destino.
- Umbral, Francisco (1996). *Capital del dolor*. Barcelona: Austral.
- Yates, James (2011). *De Misisipi a Madrid. Memorias de un aforamericano de la brigada Lincoln*. Madrid: La oficina.